

que se internara completamente. Además, hablabanse diseminadas las tropas francesas en diferentes direcciones, las cuales no habian sido escogidas con el mejor acierto. El primero y el sexto de los cuerpos de ejército, los cuales hubiera querido Napoleon tener á la mano en las llanuras de Vitoria, se hallaban diseminados en diferentes puntos, asaz distantes unos de otros. El primero tenia una de sus divisiones, la del general Villatte, en Vizcaya. El sexto tenia la division Bisson en Pamplona, y la division Marchaud y toda su artilleria sobre el camino de Vitoria.

Napoleon llegó á esta ciudad el 3 de noviembre, y despues de manifestar en ella lo mismo que en Bayona, su desagrado, por lo mal que se le habia obedecido, dió el 6 las órdenes necesarias para reparar todas las faltas cometidas en su ausencia. Si no le hubieran contrariado en la ejecucion de sus planes con operaciones intempestivas, su intencion era oponer al general Blake, para contenerle y nada mas, el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre (cuarto cuerpo); á Palafox y á Castaños hubiéralos opuesto con el indicado fin, el que mandaba el mariscal Moncey (tercero); y en seguida, poniéndose él mismo á la cabeza de las tropas del mariscal Soult, al mando anteriormente de Bessieres (segundo cuerpo); de las del mariscal Victor (primer cuerpo); de las del mariscal Ney (sexto cuerpo); de la guardia imperial, y de los catorce mil dragones, y cayendo con ochenta y cuatro mil hombres sobre Burgos, hubiera cortado por el centro á los ejércitos españoles y arrojándose en seguida sobre ellos, los hubiera cogido alternativamente por la espalda, arrollado y

deshecho de una manera compacta. Este plan, sin embargo, no podia ya ejecutarse con tanta seguridad; primero, porque á consecuencia de haber empezado demasiado pronto la accion, los generales españoles se habian retraido de internarse, unos en Vizcaya y otros en Navarra; y en segundo lugar, porque los diversos cuerpos del ejército francés, empleados en las mencionadas operaciones á la llegada de Napoleon, se hallaban diseminados. Esto no obstante, ni el general Blake, quien, como ya hemos dicho, se habia retirado detrás de Balmaseda, ni los generales Castaños y Palafox, los cuales habian vuelto á replegarse sobre el Ebro, comprendian hasta entonces el peligro de su posicion, ni ponian medio alguno para salir de ella. El plan de Napoleon podia, pues, llevarse aun á cabo. Por lo que, tomando éste sus disposiciones con arreglo al mencionado principio de cortar la linea española en dos partes, á fin de arrojarse primero sobre la una, y luego sobre la otra, ordenó al mariscal Victor (primer cuerpo), una de cuyas divisiones, la del general Villatte, contramarchaba á la sazón para reforzar al mariscal Lefebvre, que acudiese en apoyo de éste, si de ello habia necesidad, por el camino de Vitoria á Orduña, y que regresase despues por este último punto á Vitoria á incorporarse con el centro del ejército francés. Ponderábase en tales términos en el pais la fuerza de los españoles, que Napoleon no consideraba un número excesivo de gente el oponer dos cuerpos de ejército (el primero y el cuarto) al del general Blake, cuyo número de tropas valuaban los que menos en cincuenta mil y los que mas exageraban en sesenta mil hombres.

Con todo, la mision de los dos mariscales era mas bien la de contener al general Blake que la de batirlo, hasta tanto que se diese en el centro del ejército la señal de caer sobre él.

Despues de arreglar de este modo las operaciones de su derecha, pasando Napoleon á ocuparse en la combinacion de las de su izquierda, escribió al mariscal que se hallase dispuesto para operar en el momento mismo en que recibiese órdenes, y que mientras tanto se limitase á cubrir el Ebro desde Logroño á Calahorra. Devolvióle la division Morlot, que habia sido destacada momentáneamente de su cuerpo de ejército; mandóle además un refuerzo de dragones, y ordenó por último, que una de las dos divisiones del sexto cuerpo, (el del mariscal Moncey) la division Bisson, que por un movimiento falso habia tomado el camino de Pamplona descansase algunos dias en esta plaza, y se dirigiese en seguida sobre Logroño á fin de apoyar el ala derecha de las tropas del mariscal Moncey, y de permanecer allí provisionalmente. Esta division cambió de general, y tomando el nombre de su nuevo gefe, se llamó division Lagrange. Mas tarde debia reunirse al cuerpo de ejército del general Ney: su mision entre tanto era contribuir á mantener en jaque á los españoles sobre el Ebro.

Aseguradas así la izquierda y la derecha, y dadas las instrucciones á los gefes que las custodiaban, para que se limitasen á contener al enemigo, Napoleon resolvió desembocar por el centro con los cuerpos de ejército de los mariscales Soult y Ney, (segundo y sexto), con la guardia imperial, y con la mayor parte de los dragones. El cuerpo al mando

del mariscal Soult, antes á las órdenes de Bessieres, si bien contaba en sus filas un crecido número de soldados bisoños, tenia en cambio la division Montou, compuesta de cuatro regimientos agueridos, para los cuales no habia resistencia en España, segun lo habian demostrado ya en la batalla de Rioseco. El cuerpo de ejército del mariscal Ney, aunque privado de la division Bisson, la cual habia sido dirigida desacertadamente sobre Pamplona, y debia ir despues á situarse provisionalmente sobre el Ebro, contaba, sin embargo, con la division Marchand, la cual habia pertenecido siempre á sus filas, y con la division formada recientemente con regimientos antiguos de los que habian ido llegando sucesivamente á España. Estas tropas no tenian iguales en el mundo. Con los dos ejércitos mencionados, y con la guardia y la reserva de caballeria, Napoleon reunia unos cincuenta mil hombres, número mas que suficiente para derrotar el centro del ejército español.

Un nuevo incidente hizo que se suspendieran otra vez sus disposiciones adoptadas en los dias del 6 y del 7 de noviembre. Los generales españoles, aunque un tanto desconcertados por el vigor de los ataques que habian sufrido, unos en Zorzoza, y otros en Logroño y Lerin, no desistían por ello de su plan; hallábanse, empero mas discordes que nunca sobre la ejecucion, y no cesaban de pedirse refuerzos los unos á los otros. Blake con especialidad, cuyos flancos habian sido atacados tan vigorosamente por los cuerpos de ejército de Lefebvre y Victor, habia invocado el apoyo del centro y de la derecha. Mas siendo imprescindible el hacer un rodeo de cincuenta ó sesenta leguas para

comunicarse de un extremo á otro de la línea española, y á consecuencia de lo acordado en un consejo habido en Tudela, Castaños y Palafox habían respondido que les era de todo punto imposible acudir al socorro del ejército de Asturias, y se limitaron á prescribir al cuerpo de ejército de Estremadura que apresurase su marcha á fin de cubrirla derecha de Blake, tomando posición en Frias; al propio tiempo prometieron aquellos al mencionado general que entrarían en acción cuanto antes pudiesen, con objeto de atraer hácia sí parte de las fuerzas francesas.

Rechazado entre tanto, el general Blake de Bilbao y de Balmaseda, hácia las gargantas que forma la entrada de Vizcaya, detúvose allí, y aguardó á que se le incorporasen los doce ó quince mil hombres que se hallaban en Villaro y Orozco mientras que él combatía en Zornoza, y la división del marqués de la Romana. Como á pesar de la pérdida de muertos, heridos, y dispersos con especialidad, que había sufrido en las alturas fronterizas á Durango, pérdida que ascendió á unos seis ó siete mil hombres, todavía le quedaban treinta y seis mil combatientes que presentar en línea; y no vaciló en avanzar otra vez el 5 de noviembre sobre Balmaseda, donde el mariscal Lefebvre había dejado, según ya hemos dicho, la división Villatte con el objeto de replegarse con las demás tropas á Bilbao á fin de encontrar víveres.

Después de la falta de haber avanzado en demasía el mariscal Lefebvre no podía cometer otra más grave que la de retrogradar repentinamente sobre Bilbao, dejando sola á la división Villatte en Balmaseda. Preciso era, pues, contar con soldados

tan firmes como los nuestros, y con un enemigo tan poco temible como los insurgentes españoles, para que no resultase alguna desgracia de tan falsas disposiciones.

El mariscal Victor por su parte, no había obrado tampoco con mayor acierto. Enviado á Amurrio por Orduña, á fin de que flanquease al mariscal Lefebvre, había espedido hácia Oquendo al general Labruyere con una brigada, y lo había retenido en esta posición, sin que se le ocurriera la idea de ir con él para dirigirlo. El general Labruyere colocado en medio de aquellas escarpadas montañas, donde costaba gran trabajo el reconocerse á causa de la oscuridad que aumentaban las nieblas del invierno, é ignorando las tropas enemigas que tenía delante de sí, no había querido empeñar ningún combate, y había dejado pasar á los cuerpos que flanqueaban al general español durante la acción de Zornoza, sin atreverse á dar paso alguno para estorbar su retirada. En los días siguientes á este combate, permaneció en la misma posición, viendo á Balmaseda desde lejos, distinguiendo á la división Villatte, sin acordarse siquiera de ir á reunirse con ella, y descubriendo al propio tiempo á la división Sebastiani, la cual estaba practicando reconocimientos en el camino de Bilbao á Orduña: de manera, que en vez de reunirse nuestras tropas para destrozar á Blake, la cual hubiera sido la única operación razonable desde que se cometió la falta de combatir sin prévia orden del cuartel general, se hallaban diseminadas entre Bilbao, Balmaseda y Oquendo, y espuestas, merced á este aislamiento, á graves acometidas.

Y no se habían limitado á esta sola las faltas

del mariscal Victor. Teniendo gran prisa de reunirse al cuartel general, con el objeto de combatir á la vista del emperador, y hallando en las instrucciones de éste autorizacion para regresar á Vitoria desde el momento en que considerase que no era ya necesaria la presencia de sus tropas en Vizcaya, habia vuelto á llamar hácia sí al general Labruyere á fin de repasar las montañas y retroceder á las llanuras de aquella ciudad, abandonando de este modo á la division Villatte, la cual quedaba sola en Balmaseda. Asi comenzaba la serie de faltas debidas al egoismo y á la rivalidad de nuestros generales, que perdiendo la causa de la Francia en España, hicieron que se perdiese igualmente en la Europa entera.

Mientras que el mariscal Victor ejecutaba este movimiento retrógrado, el general Blake, reforzado como ya hemos dicho, por las tropas de su izquierda y por las de la Romana, habia resuelto avanzar, á fin de disputar la posesion de Balmaseda á la division Villatte, cuyo abandono habia llegado á su noticia. La residencia del mariscal Lefebvre en Bilbao y la retirada del mariscal Victor sobre Vitoria, ofrecianle grandes facilidades para una tentativa de esta especie. El 5 de noviembre avanzó, en efecto, á la cabeza de treinta y tantos mil hombres, y coronó las alturas que circundan á Balmaseda, á fin de rodear la ciudad antes de atacarla, y poder de este modo hacer prisioneros á los franceses que la guarnecian. Pero el general Villatte se hallaba á la cabeza de una excelente division, compuesta de cuatro regimientos de los mas aguerridos, y como estaba acostumbrado á ver otros enemigos y otros peligros que los que le ame-

nazaban en Vizcaya, no se sobrecogió por la presencia de los insurgentes españoles. Dotado aquel general de tan esforzado valor como clara inteligencia, y comprendiendo de cuanta importancia era para su conservacion el apoderarse de las alturas de Gueñes situadas á la retaguardia de Balmaseda, las cuales dominaban las comunicaciones con Bilbao, escalonó en ellas tres de sus regimientos, y dejó el 27.º de ligeros en la poblacion á fin de disputársela al enemigo por el mas largo tiempo posible. Asi que tomó todas estas disposiciones, decidióse á aguardar á las tropas españolas, y cuando se aproximaron á la conveniente distancia, las recibió con un fuego vivísimo, al cual no estaban aquellas habituadas. Los insurgentes que intentaron penetrar en Balmaseda, fueron tan horriblemente maltratados por el 27.º de ligeros, que dejaron las inmediaciones de la poblacion cubiertas de cadáveres y de heridos. Con todo, al ver el general Villatte que las alturas de alrededor iban coronándose de enemigos, y que el mariscal Lefebvre no acudia desde Bilbao en su auxilio, creyó que debia emprender la retirada. Por lo que, retirando el 27.º de ligeros, que se habia quedado en la poblacion sobre las alturas de Gueñes, se replegó en masa con sus cuatro regimientos perfectamente conservados sobre el camino de Bilbao. Aquellos de los españoles, que intentaron aproximársele durante la retirada, fueron vigorosamente recibidos, y pagaron cara su imprudente osadía. La division Villatte perdió, sin embargo, unos doscientos hombres entre muertos y heridos, despues de haber puesto fuera de combate setecientos ú ochocientos de las filas enemigas. Si el mariscal Lefebvre se

hubiese hallado á menos distancia, y si el mariscal Victor, en vez de retirar la brigada La Bruyere de la posicion que ocupaba, y desde la cual podia caer á tiempo sobre Balmaseda, hubiese operado con todo su cuerpo de ejército sobre este punto, las tropas de Blake habrian sido quizás envueltas y quedado prisioneras en aquella misma jornada.

La accion de Balmaseda, cuya importancia se redujo tan solo á correr en ella un peligro inútilmente, y la cual fué transmitida de boca en boca al cuartel general con la exageracion ordinaria de las noticias comunicadas de este modo, causó á Napoleon doble enojo contra los generales que comprendian y ejecutaban tan mal sus pensamientos (1).

(1) Voy á citar á este propósito dos despachos que esplican claramente la situacion, y en los cuales se prueba lo que pensó acerca de la conducta de aquellos dos mariscales el mismo Napoleon, quien se mostraba generalmente mas débil que severo para con estos lugartenientes suyos.

*El mayor general al mariscal Lefebvre.*

«VITORIA, 6 de noviembre de 1808, al medio dia.

«El emperador está muy disgustado del movimiento falso de retirada sobre Bilbao. S. M. no esperaba una falta tan capital de parte de un mariscal tan celoso por su servicio, y no duda, que si hubiéseis establecido vuestro cuartel general en Balmaseda, y acampado allí con vuestras tres divisiones para obrar segun lo exigiesen las circunstancias, habrais hecho á estas horas ocho ó diez mil prisioneros al enemigo. S. M. dice por tanto, que la conducta observada por vos últimamente, es tanto mas extraordinaria, cuanto que, á pesar de haber hablado vos mis-

Encargando al mayor general Berthier que les dirigiera de su parte una severa reprobacion, ordenó al mariscal Lefebvre que retrocediese sobre Balmaseda, y al mariscal Victor, que hiciera otro tanto hácia Vizcaya, que rechazara al general Blake vigo-

mo de los grandes inconvenientes de los movimientos retrógrados, habeis comenzado por uno de cinco leguas.

«El emperador ordena que os reunais inmediatamente á la division Villatte, á fin de rechazar vivamente al enemigo. Si no hubiérais atacado el 31, señor mariscal, y hubiéseis dado tiempo para adoptar las disposiciones necesarias, la campaña de la Peninsula se hallaria á estas fechas muy adelantada. El emperador halla, al examinar vuestra conducta, que el exceso de celo os ha hecho faltar á los reglamentos militares, atacando sin tener orden para ello; pero S. M. no concibe que el enemigo pueda estar muy alentado, cuando ya se ha obtenido sobre él un triunfo. El emperador puede tener necesidad de sus tropas, y cuando estas se hallan empeñadas en alguna accion, no puede dejarse una division aislada delante del enemigo, y mucho menos hacer un movimiento retrógrado. S. M., dice, que con disposiciones semejantes se inutilizan sus triunfos, y añade, que mientras que las tropas de los generales Villatte, Labruyere y Ruffin, están delante del enemigo, y maniobran para cortarle toda salida, no es cosa de que vayais á retiraros, hallando S. M. por ende, muy fuera de su lugar el que las tropas del cuarto cuerpo de ejército permanezcan ociosas en Bilbao.

«El mariscal Soult marcha mañana sobre Burgos, desde cuya ciudad se dirigirá luego sobre Reinosa y Santander. Emprended, pues, rápidamente el movimiento, señor mariscal. El emperador quiere que no haya ni un instante de reposo hasta tanto que sea destruido el ejército del general Blake, y se le obligue á replegarse hasta el reino de Asturias.

«Habiéndose retirado el enemigo por Balmaseda hácia

rosamente, y que lo derrotase, si le presentaba una ocasion oportuna. A pesar de su proyecto de atacar el centro de la linea enemiga antes de emprender el combate contra las alas de ella, no queria po-

Villarcayo y Santander, debeis perseguirlo sin tregua, impeliéndolo hácia las tropas francesas que van á cortar-le el paso por Reinosa.

ALEXANDRE.»

*El mayor general al mariscal Victor.*

«VITORIA, 6 de noviembre á media noche.

«Acabo de mostrar al emperador vuestra carta del 6, la cual, segun ha dicho vuestro ayudante, fué escrita despues del medio dia. S. M. ha visto con el mayor desagrado, que en vez de haber sostenido al general Villatte, lo hayais dejado entre las manos del enemigo: falta tanto mas grave, cuanto que ya sabeis que el general Lefebvre ha cometido la de dejar espuesta una division de vuestro cuerpo de ejército, replegándose con las otras dos suyas sobre Bilbao. No ignorábais que esta division se hallaba espuesta en Balmaseda, puesto que el general Labruyere se habia comunicado con ella el 5 por la mañana. ¿Cómo habeis podido, pues, confiar la mision importante de socorrer á una de vuestras divisiones á un general de brigada que no poseia vuestra confianza, y que no llevaba consigo mas que la tercera parte de vuestras fuerzas? ¿Cómo, habiendo llegado á vuestra noticia, que la division Villatte estaba tiroteándose con los españoles en la mañana del 5, habeis podido suponer gratuitamente que este general se hallaba triunfante, en vez de acudir en su auxilio? S. M. pregunta, que ¿desde cuando acá son el tiroteo y el ataque una prueba de la retirada del enemigo? Las instrucciones, sin embargo, que tenjais del mariscal Jourdan no podian ser mas precisas, puesto que se os mandaba terminantemente que no os dirigiérais, sobre

nerse en movimiento hasta tener una completa seguridad de que no veria comprometida la base de sus operaciones por alguna nueva falta cometida en sus propios flancos.

Sabedor el general Lefebvre del peligro que corriera el general Villatte, y aguijoneado por las reconvencciones del emperador, apresuróse á marchar sobre Balmaseda; á cuyo fin, y empleando el dia 6 en reunir los destacamentos enviados á las

Miranda hasta tanto que supiéseis de una manera positiva la retirada de los españoles: y en lugar de hacerlo así, señor mariscal, os habeis retirado cuando tenjais una prueba cierta de que el enemigo se batía. Demasiado sabeis que uno de los principales principios de la guerra, exige, que en la duda del éxito, se acuda en socorro de los cuerpos atacados, puesto que de ello puede depender quizás su salvacion. En la otra suposicion, vuestro movimiento no tenia ningun inconveniente, puesto que la instruccion para que os dirigiéseis sobre Miranda era hipotética, y de no hacerlo así, no podia influir en ninguno de los proyectos del general en jefe.

«Ved, pues, lo que ha sucedido, señor mariscal; la columna, ante la cual no resistió el general Labruyere, ha encontrado al general Villatte, el cual, atacado de frente y por retaguardia, solo pudo salvarse á fuerza de intrepidez, y despues de haber hecho una gran carnicería en el enemigo; nuestra pérdida no ha sido de consideracion, y el general Villatte, dirigiéndose en retirada sobre Bilbao, llegó el 5 por la tarde á dos leguas de distancia de esta villa.

«La voluntad del emperador es, que partais sin demora sobre Orduña, que marcheis á la cabeza de vuestras tropas, que conserveis vuestro cuerpo de ejército reunido, y que maniobreis para ponerlos en comunicacion con el mariscal Lefebvre, el cual debe hallarse en Bilbao.

ALEXANDRE.»

cercanías de Bilbao para rechazar á los ingleses del litoral, se dirigió en la mañana del 7 al mencionado punto por Sodupe y Gueñes con las divisiones Villatte, Sebastiani y Leval, francesas las dos primeras, la tercera alemana, y de la fuerza de unos diez y ocho mil hombres entre las tres, llevando consigo muy poca artillería y caballería, mediante á que no podia conducirse por aquellos valles angostos, donde apenas se encontraban transportes para las municiones de la infantería.

El camino de Bilbao á Balmaseda, va siguiendo el fondo de valle. El general Lefebvre avanzó, llevando la division Villatte por la izquierda del camino, la division Leval por el camino mismo, y la division Sebastiani por la derecha, un poco mas adelantada que las otras. La division Sebastiani forzó primeramente la aldea de Sodupe; y pasando luego mas allá, encontró sobre las alturas de Gueñes á Blake con veinte y tantos mil hombres y tres piezas de artillería. Las tropas de la division Sebastiani treparon inmediatamente á estas alturas sin temor al fuego que hacian sobre ellas los españoles, mediante á que tiraban desde lejos para huir mas pronto. Al llegar á la cima, no pudieron hacer prisionero alguno, porque los insurgentes, mucho mas ágiles que nuestros soldados, á pesar de que estos lo eran mucho, corrian desafortadamente por las faldas de las montañas. Mientras que de este modo se les iba desalojando de las posiciones de la derecha, la division Leval destruía cuantos obstáculos encontraba por el camino, y obligando á las tropas enemigas á ceder el puesto en virtud de este movimiento rápido, quedaban á retaguardia sobre las alturas de la izquierda diez mil españoles, separados de su

campo de batalla. El mariscal hizo pasar el rio que forma el fondo del valle á uno de los regimientos de la division Sebastiani, el 28.º de linea, colocándolo de esta manera á la retaguardia de aquel cuerpo español, al mismo tiempo que el general Villatte iba á atacar por el frente. Mas como los insurgentes hacian las descargas desde una distancia grande, nuestras tropas no lograron alcanzarlos, y ni causaron ni recibieron, por ende, daño alguno de consideracion. Con todo, aun se consiguió matar ó herir algunos centenares de hombres al enemigo, y dispersar y hacer que perdiesen la afición al ejercicio de las armas á un número considerable.

El general Blake, que á su regreso sobre Balmaseda contaba con cerca de treinta y seis mil hombres, los llevaba algun tanto mermados al emprender de nuevo la retirada hácia las montañas. Mas si hubiese encontrado al mariscal Victor sobre su retaguardia, toda la agilidad de sus soldados no hubiera sido bastante á impedir que fuesen envueltos y cogidos prisioneros la mayor parte. A la mañana siguiente, (la del 8), el mariscal Victor habia emprendido la marcha hácia el punto designado en las instrucciones, que nunca debió perder de vista, mientras que el mariscal Lefebvre se dirigia sobre Balmaseda. Uno y otro llevaban reunidas todas sus tropas, y en estado de poder emprenderlo todo contra el ejército español. La única dificultad que se les ofrecia, era la de proporcionarse víveres. En aquellas montañas, donde el cultivo escasea extraordinariamente, nuestros soldados carecian de todo, y los españoles tampoco estaban mejor provistos. De manera, que á causa de aque-

lla escasez recíproca, el país era vejado y saqueado igualmente por amigos y adversarios. Balmaseda y todos los pueblos de los alrededores habían sido devastados, y aun incendiados algunos de sus edificios por ambos ejércitos para calentarse con sus llamas.

Napoleon supo en la mañana del 9; que, habiendo tomado sus tropas la ofensiva, no tenían que hacer mas que presentarse, para que el enemigo huyese delante de ellas. Hasta entonces, y aun cuando nunca creyó en el valor de los insurgentes, había adoptado, no obstante, para sus movimientos mas precauciones de las necesarias, á fin de no esponerse á un chasco y de no arriesgarse imprudentemente antes de haber adquirido una experiencia completa de lo que aquellos eran. Pero desde el día 9 por la mañana, ya no vaciló en ordenar al mariscal Soult que fuese á caer sobre Burgos con el segundo cuerpo de ejército y una fuerza respetable de caballería. El brillante general Lasalle mandaba la caballería ligera de este cuerpo, compuesta de cazadores y polacos de la guardia. Agregósele la division Milhaud, la cual constaba de cuatro excelentes regimientos de dragones. De manera, que el número total de hombres al mando del mariscal Soult, ascendia á unos diez y siete ó diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos. Napoleón acababa de saber que las tropas de Estremadura se habían presentado en Burgos, y esta fué la causa porque prescribió al mariscal Soult, que sin aguardar al mariscal Ney ni la llegada de la guardia, marchase avanzando, y atravesase por entre aquella masa de tropas españolas, que tenían el atrevimiento de ir á situarse tan cer-

ca de él, á fin de impedir á los insurgentes que se apoderaran de Burgos.

El mariscal Soult, que, desde el día anterior se hallaba en Bribiesca, mandó inmediatamente á las tres divisiones Montou, Merle y Bonnet, que se reuniesen en el camino de aquella ciudad, situándose en las cercanias de Monasterio. La caballería de Lasalle, y la de Milhaud con su cuerpo de batalla, ya habían marchado anticipadamente. Las llanuras de Castilla empiezan desde Burgos, y á fin de recorrerlas al galope y de perseguir en ellas á los fugitivos, Napoleon había traído consigo una masa tan respetable de dragones.

El 10 á las cuatro de la mañana, ordenó el mariscal Soult el movimiento de las tropas de su mando, y emprendió la marcha desde Monasterio á Burgos, llevando la caballería ligera de Lasalle y la valiente division Montou á la cabeza de la columna, la division Bonnet y los dragones del Milhaud en segunda línea, y la division Merle á retaguardia. Con arreglo á lo acordado en el consejo de guerra habido en Tudela, habían salido de Burgos con direccion al nacimiento del Ebro, y á fin de situarse en Frias para cubrir la derecha del general Blake, unos doce mil hombres pertenecientes al ejército de Estremadura. Seis mil hombres, correspondientes á este mismo cuerpo, habían quedado en Aranda, villa situada sobre el camino de Madrid. Los doce mil que habían avanzado hácia Burgos, se componian como todas las tropas españolas, de una mezcla de antiguos soldados de línea y de voluntarios, entre los cuales había campesinos, estudiantes y otras varias clases de gente. Esto no obstante, el ejército de Estremadura con-



taba en sus filas algunos batallones de guardias walonas y españolas, que sin disputa eran los mejores soldados de España, y un tren de artillería numeroso, con tiros y servicio excelentes: pero, en cambio, llevaba por gefe, en ausencia del general Galluzzo, al marqués de Belveder, jóven inesperto, que habia avanzando contra los franceses con la mas loca pretension.

Al despuntar el dia, la caballería de Lasalle, que, como ya hemos dicho, marchaba á la vanguardia del cuerpo de ejército del mariscal Soult, tropezó con las avanzadas españolas, y despues de tirotearse con ellas, haciéndoles unos cuantos disparos de carabina, se replegó hácia la division Montou, porque se le ofrecieron obstáculos, que solo á la infantería era dado vencer. Siguiendo el camino real, y cerca ya de Burgos, hay á la izquierda un riachuelo que lleva el nombre de Arlanzon, y cuyo escaso caudal baña el pie de las colinas de la Cartuja; en el centro hállase el bosque de Gamonal, por donde atraviesa la carretera, y á la izquierda las alturas del parque de Villimar, en cuya cima se halla situado el castillo de Burgos, y al pie de ellas la ciudad misma. Los españoles tenian coronadas de guerrilleros las alturas situadas á derecha é izquierda de esta posicion, el grueso de su infantería en el bosque de Gamonal á fin de interceptar el paso por la carretera, la caballería á la entrada del bosque, y la artillería delante. Apenas llegó el mariscal Soult sobre el terreno, mandó avanzar á la division Montou, para que tratase de vencer el obstáculo mas serio, que era el del bosque de Gamonal. Acto continuo, dispuso que marchase detrás de esta division su

caballería, á fin de que se lanzase sobre los españoles, asi que ya no existiese el mencionado obstáculo, y un poco mas atrás la division Bonnet, para que tomase las alturas coronadas por el enemigo, si ofrecian alguna resistencia. El ilustre general Montou avanzó sin vacilar con sus cuatro regimientos aguerridos, 2.º y 4.º de ligeros, y 13.º y 36.º de línea, sobre el monte de Gamonal. La artillería española hizo un fuego tan vigoroso y tan bien dirigido, que, en un principio nos llevó algunas filas; pero nuestros soldados avanzaron luego hácia el bosque de Gamonal, y penetrando en él á la bayoneta, á pesar de las guardias walonas, lo atravesaron en un abrir y cerrar de ojos. Ante semejante espectáculo, desbandóse todo el ejército enemigo con una prontitud inaudita, abandonando banderas, cañones y todo cuanto tenian. Las tropas que fueron en su persecucion, recogieron en el bosque mas de veinte piezas de artillería. Las alturas comarcanas fueron abandonadas igualmente por los españoles, y la masa de los fugitivos se lanzó, parte hácia Burgos, y parte al lado opuesto del Arlanzon, para salvarse mas pronto. Lasalle y Milhaud pasaron entonces el rio, y nuestra caballería se precipitó á galope sobre los soldados dispersos de Estremadura, de los cuales acuchilló un considerable número. La infantería del general Montou entró en Burgos detrás de los españoles, recibió algunos disparos que le dirigieron desde las ventanas de los conventos, en los cuales entró á saco, y se hizo dueño de la ciudad y del castillo, que el enemigo no habia tenido la precaucion de poner en estado de defensa. Esta jornada, que terminó con el solo choque de la division Montou, nos

valió, además de la posesion de Burgos y de su castillo, doce banderas, treinta piezas de artillería, y unos novecientos prisioneros, sin contar los fugitivos que proseguian matando ó cogiendo nuestras tropas. El número de los muertos y heridos que cayeron á los golpes de los sables de nuestra caballería al otro lado de Burgos, calculóse en mas de dos mil. Con soldados tan ágiles para la fuga, no habia otro medio para disminuir la fuerza del enemigo, que el de acuchillar á los dispersos, mediante á que era imposible hacer prisioneros de otro modo. El mariscal Soult procuró restablecer el órden en Burgos, donde reinó en los primeros momentos la mas espantosa confusion á causa del concurso de vencidos y vencedores, y de la desaparicion de casi todos los habitantes. Pocos dias bastaron, empero, para que aquella ciudad recobrase su aspecto ordinario.

Hallándose en extremo impaciente Napoleon por hacer del punto céntrico de Burgos el eje de sus operaciones, habiase apresurado en la jornada del 10 para avanzar con el cuartel general, y yendo á dormir aquella misma noche al Cubo, entró el 11 en la ciudad mencionada. Durante su residencia en Vitoria, habia ordenado que se construyesen en Miranda, Pancorbo y Bribiesca algunos puestos militares que eran unas semi-fortalezas con local suficiente para establecer un hospital, un almacen, un depósito de municiones, y en las cuales podian tomar algun reposo las columnas que iban de marcha, abastecerse, y dejar en ellas fuera del alcance de las guerrillas á los cansados y á los enfermos. Habia reconocido, en efecto, con su rápido y acostumbrado tino, que, en un país

donde la fuerza regular era tan poco temible y en el que la fuerza irregular causaba tantos estragos, tenian que ser necesariamente inseguras las comunicaciones, y por esta razon, no daba un solo paso hácia adelante, sin trabajar para asegurarlas. Napoleon entró por la noche y de incógnito en Burgos, persistiendo en dejar para José los homenajes régios y en reservar para si la odiosidad de los horrores de la guerra (1). Dió órden de que se

(1) Véase á este propósito una nueva carta de Napoleon, la cual nos parece digna de que se haga de ella referencia.

*«El emperador al rey de España.»*

«CUBO, 10 de noviembre de 1808.

«Voy á partir á la una de la tarde, para entrar mañana de incógnito y antes del amanecer en Burgos, donde tomaré mis disposiciones para la jornada, porque el vencer vale poco, sino se saca provecho del triunfo.

«Creo que debéis dirigiros mañana á Bribiesca.

«Así como opino que debe evitarse el que se me dirijan homenajes de ningun género, opino tambien, que respecto á vos son necesarios. Por mi parte, ni los quiero, ni los considero adecuados á la profesion de la guerra.

«Paréceme, pues, que deben salir algunas diputaciones á vuestro encuentro, y recibiros con toda la solemnidad posible. Así que yo llegue á Burgos, daré las oportunas órdenes para el desarme y para que se queme la bandera que sirvió para la proclamacion de Fernando. Dad á todo esto el necesario impulso, para que se vea que no es cosa de risa.

«Acabo de recibir un parte en que se me comunica que